

Comentarios sobre *Debates en torno a una metodología feminista*

Las ciencias sociales y el feminismo

María J. Rodríguez-Shadow

En años recientes las preocupaciones metodológicas dentro de la investigación feminista han sido planteadas en diversas obras editadas en el extranjero, entre éstas pueden mencionarse las de Diane Wolf (ed.), *Feminist Dilemmas in Fieldwork* (1996); Shulamit Reinharz, *Feminist Methods in Social Research* (1992); Mary Fonow y Judith Cook (ed.), *Beyond Methodology; Feminist Scholarship as Lived Research* (1991); Joyce McCarl Nielsen (ed.), *Feminist Research Methods* (1991); Nancy Tuana (ed.), *Feminism and Science* (1989); Sandra Harding (ed.), *Feminism and Methodology* (1987); y Teresa de Lauretis (ed.), *Feminist Studies/Critical Studies* (1986), entre otras.

A pesar de la obvia importancia de los textos citados arriba, lamentablemente, en nuestro país son poco conocidos por el público en general y aun por algunos estudiosos no familiarizados con el idio-

ma en el que están publicados. Esto explica el éxito que han tenido libros y revistas en los que han aparecido traducciones de ensayos que se han convertido en referencia obligada, por ejemplo las compilaciones de Carmen Ramos, *El género en perspectiva, de la dominación universal a la representación múltiple* (1991); la de Olivia Harris y Kate Young, *Antropología y feminismo* (1979); de Marta Lamas, *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual* (1996); el libro de Martin y Voorhies, *La mujer: un enfoque antropológico* (1979); y el número 30 de la revista *Nueva Antropología* (1986), entre otros.

En México, esta problemática ha llamado la atención de algunas estudiosas que han publicado algunos ensayos. Sin embargo, el material disponible es escaso y disperso. Los ensayos incluidos en la compilación *Debates en torno a una metodología feminista* vienen a llenar este vacío, carencia largamente lamentada tanto por metodólogos como por estudiantes.

Se trata de una antología compuesta por nueve ensayos, cada uno de los cuales aborda aspectos y ángulos importantes en torno al debate relacionado con las preocupaciones metodológicas dentro de la investigación feminista. El problema que se plantea en esta obra es un tema de candente actualidad en las ciencias sociales en general

y en especial en los debates en las disciplinas de la antropología, la sociología, la historia y la filosofía. Esta obra constituye un esfuerzo conjunto de destacadas especialistas en estudios de género que trabajan en nuestro país, cada una de las cuales ha sobresalido en su respectiva disciplina, tanto por su compromiso científico, como por la profundidad de sus conocimientos y sus aportes al avance de los estudios e investigaciones en torno a las mujeres, su historia y su condición.

El propósito de esta compilación es poner en la mesa de debates una discusión todavía inacabada respecto al carácter de los vínculos y las relaciones que se establecen entre las investigadoras y los sujetos femeninos "investigados", por una parte, y la cuestión teórico-metodológica, por la otra. La motivación tras la puesta a punto de esta obra es contribuir a la controversia en torno al nexo ciencia-política.

La "Presentación" de Eli Bartra ofrece de manera sintética una panorámica del estado del debate y describe el contenido de los ensayos que componen la antología haciendo, además, algunas anotaciones puntuales en relación con la traducción y los conceptos empleados. De entrada se establece que en la cuestión de la metodolo-

gía feminista no existe un consenso, pero se sientan las bases para una discusión.

En la segunda sección, "¿Existe un método feminista?" Sandra Harding, conocida filósofa estadounidense, profesora de la Universidad de California en Los Ángeles, discute y aclara las diferencias que existen entre método (técnicas de recopilación de información), metodología (teoría y análisis de los procedimientos de investigación) y problemas epistemológicos (cuestiones relacionadas con la teoría del conocimiento adecuado o estrategias de justificación del conocimiento), para concluir que, desde su perspectiva, sí existe un método de investigación feminista.

En el artículo "Feminismo e investigación social. Nadando en aguas revueltas", Mary Goldsmith, profesora investigadora del área Mujer, Identidad y Poder de la UAM-X, explora, con la erudición que la caracteriza, algunos aspectos del debate en torno a la investigación feminista, y expone algunas de las críticas feministas a las prácticas metodológicas en las ciencias sociales en general y en especial en la antropología. También se ocupa de explorar la relación entre la academia y la política feminista.

En el ensayo "¿Investigación sobre las mujeres o investigación feminista? El debate en torno a la

ciencia y la metodología feminista”, Maria Maies responde a las críticas que se han hecho a un artículo suyo publicado anteriormente. Expone varios ejemplos que ilustran la forma en la que se vincula el trabajo de campo, la praxis y la investigación feminista.

Teresita de Barbieri, investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, autora de la quinta sección que trata “Acerca de las propuestas metodológicas feministas” explora los problemas de la teoría del conocimiento, las cuestiones metodológicas sobre la recolección de la información y analiza aspectos propios de la sociología del conocimiento en varias autoras feministas.

En “Reflexiones metodológicas”, Eli Bartra analiza el estado del debate en torno a la existencia de un método de investigación que pueda ser llamado con toda propiedad feminista. Menciona las posturas de algunas teóricas y concluye que sí existe un método feminista ya que una investigación de este corte dará prioridad a algunos aspectos de la realidad social sobre otros, distinguiéndose porque utilizará un marco conceptual distinto y unas técnicas de recolección de información específicas. Desde luego, como ella misma apuntó durante la presentación de este libro, evento que se llevó a cabo en la

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, sus propuestas son provisionales y están sujetas, como todo conocimiento científico, a debate y discusión.

Anna M. Fernández Poncela, en “Hilvanando palabras y cifras. Un ejemplo sobre política, mujeres y hombres”, se propone un acercamiento y entendimiento de la cultura y la participación política de hombres y mujeres en nuestro país. Aquí se plantea que los instrumentos que se han usado para esto han sido la encuesta y el testimonio, que constituyen “un matrimonio metodológico”. Esta antropóloga española, profesora investigadora del área Mujer, Identidad y Poder de la UAM-X, ilustra su trabajo con los resultados de sus entrevistas.

En “Cuando hablan las mujeres” Ana Lau Jaiven, investigadora del Instituto Mora, célebre autora de *La nueva ola del feminismo en México*, explica en qué reside el valor de la recopilación de los testimonios femeninos, examinando para ello las líneas actuales de discusión acerca de cómo se estudia a las mujeres y las formas de acercarse a la investigación a partir de las entrevistas de historias de vida para la producción de conocimientos.

En el artículo “Historia de las mujeres del siglo XIX: algunos problemas metodológicos” Ana Lidia

García, historiadora adscrita al Colegio de México, plantea la historia oral como el método idóneo para recuperar y analizar los contextos de poder en los que se producen las relaciones entre los géneros. Esta reconstrucción de "lo vivido" permite un acercamiento a las representaciones sociales y la experiencia vital de los sujetos sociales.

Al reunir los ensayos que componen esta obra, Eli Bartra eligió con cuidado a las competentes especialistas que se encargaron de elaborar sus contribuciones desde la historiografía, la filosofía, la sociología y la antropología, así como la temática que debería ser abordada por cada una de ellas. De este modo, consiguió que académicas de mucho prestigio y renombre en la construcción y la difusión del pensamiento y la militancia feminista en México colaboraran con su erudición en una obra que marcará un hito en los estudios de género en nuestro país. En esta compilación se incluyeron asimismo dos artículos, traducidos del inglés, cuya lectura resulta imprescindible.

Una de las muchas virtudes que posee esta compilación es que los materiales presentados en cada uno de los artículos se basan en análisis novedosos e investigaciones originales realizadas por las autoras.

Otra de sus cualidades, no menos importante, es que la redacción de los ensayos ha sido muy cuidada, de manera que tanto ésta, como la exposición de los datos y argumentos es clara, sistemática y coherente, lo cual permite que los conceptos teóricos y categorías analíticas expuestos sean accesibles a un público amplio, sin que por ello pierdan relevancia y utilidad para los académicos especialistas en las áreas de referencia. Lo anterior da como resultado que la compilación se caracterice por el desarrollo sistemático de los resultados de los estudios y la coherencia expositiva y temática.

Su lectura resultará de gran utilidad a los metodólogos y a las especialistas y estudiosas de las ciencias sociales, sean o no feministas, puesto que con este libro en mano podrán debatir los argumentos de las autoras o encontrar una respuesta a sus propias inquietudes metodológicas.

Sin ninguna duda, la publicación de este libro constituye un parteaguas en la investigación social en nuestro país puesto que contribuirá de manera significativa al planteamiento de una serie de cuestiones que están siendo debatidas de manera acalorada en foros más amplios en el nivel mundial. Felicito sinceramente a Eli Bartra por la selección tan atinada de los

artículos que componen esta compilación y a las autoras por su extraordinaria calidad expositiva. Por la forma en que está escrito, su tema controvertido y los enfoques adoptados se trata de un libro que no sólo es útil para el aprendizaje y el debate sino, sobre todo, para su disfrute.

¿Hacia una metodología feminista?

Martha García Amero

Suele ocurrir que cuando asistimos al despliegue cuidadoso de un conjunto de reflexiones acerca de algún asunto en donde el rigor, la sinceridad y la pasión son concitadas, se nos despierta una atención equivalente que nos obliga a esforzarnos por seguir las reflexiones aun si el asunto versa sobre temáticas que nos sean poco familiares.

Una reflexión pública, rigurosa y apasionada es, desde mi punto de vista, un acto de generosidad formidable. El esfuerzo intelectual ofrenda sus frutos con el único afán de hacerse él mismo inteligible. Merece por eso el respeto que se vuelca en la lectura atenta.

Éste es el mérito indudablemente primero, y no único, del libro

que hoy comentamos. Puesto que *Debates en torno a una metodología feminista* reúne los atributos que mencionamos, es un libro que hay que leer de principio a fin, pero con ciertas recomendaciones.

La primera, leerlo sin permitir que un juicio apresurado nos tenga o nos haga abandonarlo, sin ceder a los pronunciamientos apasionados que tienen la fuerza suficiente para hacernos querer tomar partido antes de entender. La segunda, leerlo anticipando con plena seguridad que al hacerlo, aun si somos "neófitas" o legos, estaremos en posibilidades de que el debate nos sea inteligible, e incluso de enterarnos de las polémicas actualizadas en el campo de los estudios de género.

Debo decir que intenté una lectura "desde fuera", con la distancia necesaria que me permitiera terminar el libro sin la sensación de haber comprometido el juicio con alguna de las posturas, o haber cometido la impertinencia de opinar sin venir a cuento. Enterarme o comprender qué se debate y por qué antes de otorgar simpatías innecesarias.

Así, lo que resulta claro de inmediato es que el debate está en curso, que las polémicas que se exponen tienden a elaborar la materia sobre la que ulteriormente habrá de debatirse mucho más. Y también es claro para las autoras

que ahí es donde habrá de decidirse la problemática que se presenta, al más alto nivel teórico.

Entiendo que ésa es la razón por la que una y otra vez lo mencionan, pero no desenvuelven su argumentación. El libro no aborda las cuestiones propiamente en el nivel de la epistemología o la teoría del conocimiento (Teresita de Barbieri, p.105), o en el nivel de la relación entre "la política y la filosofía" aunque se considere que la metodología expresa esta relación (Eli Bartra, p.146).

Debates en torno a una metodología feminista tiene el mérito enorme de organizar la polémica documentándola con las aportaciones que la han alimentado y que dan origen a la pregunta eje del propio libro: la pregunta por una metodología feminista. Las primeras cien páginas nos informan sobre esas vigorosas aportaciones y su consecuente impacto.

Y, entonces, justo a la mitad del libro se abre paso otro tono en la reflexión que nos permite apreciar que son 30 años de elaboración intensa, que distingue, define y dota de un enorme rigor argumentativo a la polémica. El solo tono del documento da cuenta de la maduración del campo cognoscitivo, contrasta para bien con los que le preceden. A partir de ahí la polémica está domiciliada en nuestras instituciones.

En un libro apasionado como éste, la pasión es la que dibuja las posturas que, desde mi punto de vista, no son correctamente designadas porque no constituyen necesariamente polaridades.

Se presentan en él, con gran honestidad de autoría original, posiciones encontradas respecto a la existencia de una metodología feminista. Aparentemente una posición diría que sí y su contraria lo negaría. No hay, pues, acuerdo acerca de si existe una metodología feminista. Así, no se debate en torno a ésta sino en torno a su existencia como tal. Es decir, la polémica expresa claramente que no hay todavía una metodología feminista, pues si la hubiera el debate tal vez se centraría en su suficiencia, sus alcances o sus límites, quizá en la manera en que está fundamentada, pero no en resolver la duda acerca de su existencia.

Desde mi punto de vista, el libro nos permite enterarnos de que efectivamente existe un campo de problematicidad en el que concurren distintas ciencias sociales, ninguna de las cuales puede dar cuenta, por sí sola, de la complejidad de las cuestiones que se formulan desde los estudios de género. Por el contrario, esa complejidad ha terminado por cuestionarlas a ellas severamente.

A lo largo de 30 años, el campo ha ganado en profundidad, extensión y rigor al punto de que goza ya del reconocimiento general acerca de la emergencia de esos cuestionamientos originales, del reconocimiento de la legitimidad de las formas y el rigor a que obligó la necesidad de ensayar procedimientos igualmente originales, cuyo fruto la reflexión cosecha.

Me parece que es el éxito de quienes lo han cultivado lo que les sitúa en condiciones de sistematizar la originalidad de su contribución cognoscitiva e interrogarse por su sentido. En este punto, tuve la duda acerca de si la pregunta le hace justicia a la envergadura de la tarea. Me temo que no.

Los criterios con los que se afirma que sí existe una metodología feminista son distintos de los que manejan quienes dicen que por el momento no, pero no dicen por qué no. A una lectora externa sólo le queda claro que no hay criterios unificados, que hace falta la elaboración teórica que las mismas autoras una y otra vez señalan que debe hacerse. Y que es, ni duda cabe, elaboración epistemológica.

Sin la realización de esta tarea no es posible dilucidar la pregunta crucial que la madurez del campo de problematicidad de los estudios de género arroja y que es, desde mi punto de vista, ¿cuál es el sentido

de su aportación cognoscitiva? Todo ello en la inteligencia de que su originalidad no está puesta en duda.

Es esta contribución la que, mediante la polémica, el libro pone a nuestro alcance. En la historia y la sociología, en el saber comprometido con la acción, en la aspiración final que creo que todos compartimos, ahí está dibujada esa labor. La respuesta a la pregunta es, al menos en esta ocasión, todavía una deuda.

Los últimos renglones de la obra nos dejan saber del ambicioso horizonte en donde ese sentido habrá de desplegarse; cito parafraseando: "Hace falta insertar esta contribución tan rica y original en procesos globales, formular un verdadero conocimiento incluyendo a hombres y mujeres en los procesos sociales que han ido conformando este complejo mosaico llamado México" (Ana Lau Jaiven, p. 228).

En esa tarea nada se niega por anticipado. Es un propósito fecundo en el que se sistematiza y se evalúa lo conseguido en términos de la propia inteligibilidad, la vigencia de metas o el establecimiento de otras nuevas y mejor sustentadas. El libro encuentra en este esfuerzo su sentido pleno y cumple a satisfacción lo que en el título promete. Si, como suponemos, tiene el éxito de público que merece, la investi-

gación de género y el propio feminismo se verán ampliamente beneficiados.

Suponer que esta sistematización pueda desembocar ulteriormente en una metodología de las ciencias sociales tampoco puede cancelarse por anticipado. Es legítimo aspirar a las más altas metas de la elaboración teórica. Por supuesto que se tiene presente que una propuesta semejante se compromete a formular la inteligibilidad del campo disciplinario de las ciencias sociales sobre bases más sólidas y configurar mejores horizontes para su desarrollo, con toda la inmensa labor que cabe entre esos puntos.

Pero todavía más,

la solución a una pregunta, expresada en los términos de la propia pregunta, no altera necesariamente las categorías y conceptos que sirven de base para formular la pregunta; si acaso les añade autoridad y alarga su vida [...] Un punto de inflexión significaría algo distinto: un cambio radical en el marco conceptual en el que las preguntas se habían planteado; nuevas ideas, nuevas palabras, nuevas relaciones en virtud de las cuales los problemas antiguos no son siempre resueltos, sino que aparecen como algo remoto, ob-

soleto, a veces hasta ininteligible, de manera que las dudas y problemas angustiosos del pasado parecen extrañas formas del pensamiento, o confusiones pertenecientes a un mundo ya desaparecido.¹

Así pues, la nueva perspectiva, llámese genericidad, teoría de la diferencia o visión feminista, aspira a constituirse en un punto de inflexión. Sin duda la tarea apenas comienza.

También hará falta apoyarse y beneficiarse de las contribuciones del quehacer filosófico contemporáneo, no sólo la crítica que ha decantado la contribución del positivismo (Leszek Kolakowski, por ejemplo) o del cartesianismo (Ryle o Stroud, también por ejemplo), sino las fecundas aportaciones de la filosofía del lenguaje, al menos en la teoría del conocimiento, la noción de lo simbólico e, incluso, los riesgos epistemológicos de iniciar la reflexión con una dicotomía. Por eso resulta sumamente alentador que una filósofa, Eli Bartra, propicie el debate feminista con miras tan ambiciosas y un inicio generoso. Enhorabuena.

¹ Isaiah Berlin, *El sentido de la realidad*, Taurus, Madrid, 1998.

Desmontando viejas y nuevas versiones del pensamiento único

María Eugenia D' Aubeterre

Festejamos hoy la presentación en Puebla del libro *Debates en torno a una metodología feminista* editado por la UAM-Xochimilco y que ha compilado Eli Bartra, pionera en las investigaciones feministas en México, autora de uno de los artículos en el mismo volumen, junto con otras investigadoras que cuentan como ella con una importante trayectoria en los estudios y la militancia feminista. Tal es el caso de Teresita de Barbieri, Mary Goldsmith, Ana Lau Jaiven, profesoras e investigadoras que han contribuido a la construcción y difusión del pensamiento feminista en el país. El libro incluye también los textos de Anna Fernández Poncela, antropóloga, estudiosa de la participación y cultura política desde una perspectiva de género y de Ana Lidia García, historiadora que se ha dedicado a la historiografía de las mujeres mexicanas en el siglo XIX. Completan este volumen las traducciones del artículo de la filósofa estadounidense Sandra Harding y de un polémico texto de la holandesa Maria Mies, escrito en 1991, en el que la autora da respuesta

a las críticas que despertó un artículo escrito una década atrás, en 1981, titulado "Hacia una metodología de la investigación feminista".

Debo decir que el libro me hizo evocar aquellos días de las acaloradas discusiones que se suscitaban en los cursos de epistemología y metodología que dictaba el maestro Enrique Carpena en la Facultad de Filosofía y Letras de la UAP, a inicios de los años ochenta. Los filósofos del Círculo de Viena se aposentaban en nuestra aula y Karl Popper blandía su espada desenvainada contra el psicoanálisis, el marxismo y todo aquello que oliera a relativismo y se tambaleara frente a los embates de los ejemplos en contrario. Y qué decir de Mario Bunge que nos persiguió desde la licenciatura hasta los cursos de metodología del doctorado en la rumbosa Escuela Nacional de Antropología e Historia, con su inveterado afán de convencernos de la existencia de un método científico, sólido e inexpugnable cual fortaleza medieval, como lo era su descomunal decálogo de pastas azules sobre la materia que los estudiantes tuvimos que fichar con la paciencia de un monje en los tiempos de la maestría que se impartía por aquellos años en la Facultad de Filosofía de esta universidad. Recuerdo que en los pasillos y en las tertulias del café circulaba el rumor

de que la fobia que trasudaban los escritos de Bunge frente al psicoanálisis, obedecía a que fue abandonado por su esposa después de que ella se iniciara en la terapia analítica.

En honor a la verdad, hay que decir también que los cursos de Carpena nos brindaron después la oportunidad de leer a Thomas Kuhn y de saber que existía un irreverente como Feyerabend. Su lectura nos convenció de la insensatez de tratar de deslindar eso que llaman el contexto de descubrimiento del contexto de justificación en la tarea de desentrañar la lógica del proceso de investigación científica. Se trataba, a mi humilde entender en la materia, de posturas que liberaban a la epistemología de su coraza autoritaria y de su papel como policía de la ciencia y del quehacer científico, que reconocían el carácter lúdico del conocimiento por encima de sus fines instrumentales, así como las pasiones, los intereses y las utopías que atravesaban el corazón, no sólo de los investigadores en lo particular, sino de las comunidades sobre las que recae la producción teórica, por aquello de la división del trabajo en las mal llamadas sociedades complejas.

Fue por esos años también en los que me topé con el feminismo, con las discusiones que se desarrollaban en los cursos del taller de antropología de la mujer que se

dictaban en la misma facultad, en el Colegio de Antropología. En ellos pude percatarme de que, específicamente en el campo de la antropología, años atrás, algunas estudiosas ya habían iniciado el desmontaje de sus tradiciones disciplinarias en un proceso que ponía al descubierto el sesgo androcéntrico no sólo de las instituciones que regulan la vida social, la familia, el estado, sino de la ciencia misma y de los conocimientos a los que se acuerda una validez universal. Resultaba entonces que la Razón, no sólo era patrimonio del Occidente y prerrogativa de los blancos, sino que además era sustancialmente masculina. Con Olivia Harris, Kate Young, Sally Unton, Sherry Ortner, Michelle Rosaldo, Gayle Rubin y otras más, pioneras de la investigación feminista en el terreno de la antropología, íbamos descorriendo los velos de interpretaciones y modelos que habían secuestrado a las mujeres, manteniéndolas en la penumbra de la historia, que ocultaban o subestimaban sus saberes y presencia en la creación de la cultura al privilegiar, como objeto de estudio, esas áreas de la vida social reservadas a los varones: la política con mayúsculas, las grandes gestas civilizadoras, en suma, el mundo de la trascendencia.

Las que iniciaron ese desmontaje de los saberes y del oficio de la

tradición antropológica y de la historiografía, para sólo mencionar dos disciplinas de las ciencias sociales, eran, desde luego, herederas de la modernidad, de las luchas emprendidas a partir del siglo XVIII por esas mujeres empeñadas en ensanchar los espacios de la política, en lograr el reconocimiento de una ciudadanía plena, de la que habían quedado excluidas cuando emergieron las modernas sociedades concebidas en el crisol de los principios de la Ilustración. Pero, al mismo tiempo, eran tributarias de esa atmósfera de desencanto frente a las ventajas del progreso, de ese malestar que compartieron con los varones y que comenzaba a respirarse en las universidades en los años sesenta de este siglo que fenece. Sospechaban, con sobrada razón, que el reclamo de objetividad de las ciencias sociales se traducía en el mejor de los casos, en un objetivismo ramplón, y en el peor, en un conocimiento sexista, llanamente truculento.

Dotadas de una nueva conciencia crítica frente a los cánones de una ciencia aséptica, alentadas por el proyecto político y cultural del nuevo feminismo que irrumpió en los años setenta, se dieron al escrutinio de los grandes paradigmas de las ciencias sociales, de leer entre líneas las teorías heredadas de los padres fundadores. Algunas,

convictas y confesas, asumieron que se trataba de un parricidio, para otras, se trataba más bien de un recorrido del que se vuelve apertrechadas con renovadas incertidumbres y un montón de nuevas preguntas. Como quiera que haya sido, la pregunta flotaba en el aire, ¿es posible, o existe, una metodología feminista? E, incluso, ¿podemos hablar de investigación feminista?

Precisamente el libro que tenemos entre las manos retoma éste y otros interrogantes que rodean la cuestión: una de las coordenadas cruciales del debate es la relación sujeto-sujeto o, dicho de otra manera, el cruce y la sintonía de subjetividades, ¿es posible remontar las fronteras étnicas, de clase, culturales y en calidad de investigadoras lograr identificarnos con las experiencias de las otras, de las investigadas? ¿Podemos seguir abogando por una perspectiva crítica feminista por encima de las diferencias que nos separan como mujeres a pesar de los feminismos realmente existentes? ¿Las técnicas cualitativas son inherentemente parte del método feminista? ¿Son éstas preferibles para dar cuenta de las experiencias de las mujeres y ofrecer un conocimiento menos sesgado que el que ofrecen las técnicas cuantitativas? ¿Basta simplemente con dar voz a las mujeres

para convertirlas en sujetos y hacer etnografía feminista? ¿Hablan por sí solos los testimonios, o requerimos marcos conceptuales para interpretar o traducir las experiencias de las mujeres? ¿Son las historias de vida realmente autobiografías? ¿Qué nuevas lecturas podemos darle a las fuentes historiográficas y cuáles son los materiales inéditos de los que se vale la historiografía en su intento por esbozar una arqueología femenina de la vida cotidiana? ¿Ha podido la etnografía feminista trascender los problemas de la autoridad y de la autoría de los textos que preocupa a los posmodernos? ¿Es suficiente añadir el punto de vista de las mujeres para formular una interpretación más totalizante de la realidad? ¿Podemos concederle al punto de vista de las mujeres el mismo estatuto que a la perspectiva de los hombres? ¿Es el feminismo una nueva versión del relativismo? ¿Pueden los hombres hacer investigación feminista?, y, desde luego, una de las preguntas más candentes: ¿podemos producir conocimientos no sexistas sin estar a favor de las mujeres? ¿Hacer investigación feminista para qué?

Si bien es cierto que las preocupaciones de los estudios feministas en Latinoamérica han seguido otros derroteros, cabe reconocer que, tras bambalinas, todas o al

menos algunas de estas preguntas nos salen al acecho en algún momento, aunque las investigaciones feministas en América Latina no hayan discurrido sistemáticamente sobre estos asuntos. Pasa un poco lo que le ocurría a Newton con la idea de dios en su búsqueda de la explicación de las leyes del universo, cuando creía haberla sacado por la puerta, le saltaba por la ventana.

Tal como lo advierte Eli Bartra, el trasfondo de este debate remite a la relación entre ciencia y política. Desde luego el tema no es novedoso, y Teresita de Barbieri, autora de uno de los artículos del libro, se encarga de reiterarnos su recomendación de volver a leer a Weber. No obstante, estimo que debemos admitir que los términos de esta relación conflictiva entre la ciencia y la política, involucran a nuevos actores, y que las cintas del corsé de la política, por fortuna, se han aflojado un poco. El propio movimiento feminista ha contribuido a esta redefinición de los términos clásicos, y las respuestas que han formulado los distintos feminismos al respecto, desde los años setenta a la fecha, son de tinte muy variado. El libro da cuenta del estado de esta discusión abordada desde distintos niveles, en el terreno específicamente epistemológico y de la reflexión metodológica, y en el campo de dos de las tradicio-

nes disciplinarias en las que han proliferado las investigaciones feministas: la antropología y la historiografía.

A la vuelta de 30 años, este debate sobre el que no se ha dicho la última palabra ha dado origen a una abundante literatura generada básicamente en Estados Unidos y en Europa, aderezada en la última década con nuevos ingredientes provenientes del posmodernismo y de la crítica al esencialismo en el horizonte de sociedades que se autodefinen como multiculturales, pluriétnicas, poscoloniales e incluso posfeministas. Por cierto, y valga el paréntesis, resulta paradójico que en este horizonte social tan lejano a nuestras formaciones sociales latinoamericanas, Germaine Greer, la autora australiana que recordamos por su libro *El eunuco femenino*, vuelva por su fueros con un nuevo libro que ocupa el primer lugar de ventas en Londres, en el que al parecer les recuerda a sus congéneres mujeres que, a pesar de todos los *post* que le quieran endilgar a sus sociedades, el cuerpo femenino sigue siendo el lugar privilegiado en el que se trenza la dominación masculina.

En fin, volviendo al libro que nos ocupa, se trata de un debate espinoso que se complica, además, por la falta de nitidez y de consenso en la delimitación de los conceptos cla-

ve en la discusión. Tal como lo advierten varias de las autoras del volumen, las nociones de método y metodología se traslapan con frecuencia, y las sajonas emplean el vocablo "método" como equivalente a técnicas; asimismo, los nexos con la epistemología no siempre se hacen explícitos. Precisamente el artículo de Sandra Harding, publicado en su versión original en el año de 1987, se propone definir cada uno de estos términos en un intento de poner un poco de orden en la discusión. Sandra Harding argumenta en contra de la existencia de un método feminista, aunque reconoce la existencia de metodologías feministas sustentadas en diferentes modelos de explicación propuestos por la teoría social, que han sido sometidos a un ajuste de cuentas en el intento por formular análisis libres de las distorsiones de género. Quiero comentar sólo un par de cosas sobre este artículo: ya he mencionado que uno de sus méritos es el intento de aclarar los componentes de la discusión. No obstante, tal como lo advierte Eli Bartra, me parece que el empleo de la noción de método como equivalente a técnicas de recolección de datos conduce inevitablemente a desechar, sin vacilaciones, la idea de que exista un método específicamente feminista de investigación. Esta noción estrecha de método viene a compli-

carnos la pelea que libramos casi cotidianamente con los estudiantes en la tarea de formular los proyectos de investigación, pues deja de lado tanto los procesos lógicos que subyacen a la construcción del conocimiento (sean éstos objeto de la reflexión o no por parte de quien investiga) y, a la vez, omite considerar como parte del método eso que Eli Bartra llama “el punto de arranque” o el punto de partida del proceso de investigación; esa perspectiva crítica feminista a la que también alude Mary Goldsmith que supone la comprensión del mundo desde el lugar social y material en el que se ubica el sujeto del conocimiento y que Teresita de Barbieri, a su vez, sólo reconoce como una opción política que orienta la producción de conocimientos hacia la comprensión de las relaciones de poder, pero que ella considera que no constituye en sí una propuesta teórico-metodológica. Estimo que es igualmente reducida la definición que propone Harding de epistemología exclusivamente entendida como teoría del conocimiento.

En cambio, me parece que la segunda parte de su artículo constituye todo un esfuerzo por hacer epistemología en el sentido cabal del término, lo que comprende considerar, al mismo tiempo, los aportes de la historia de la ciencia;

en fin, es un intento de trazar analíticamente el recorrido de las investigaciones feministas, poniendo al descubierto los modelos y los enfoques que organizan estos estudios. A la manera de Kuhn, identificando las nuevas preguntas, los desplazamientos de los enfoques empleados, la autora identificaría un corte, una discontinuidad en el curso de esta trayectoria que ha comportado —aunque no sé si se pueda decir de manera tan categórica— la superación de los enfoques de sumar o agregar a las mujeres en las estadísticas, de resaltar sus contribuciones en la esfera de la vida pública, así como las limitaciones de las orientaciones que han focalizado a las mujeres básica o exclusivamente como víctimas de la dominación masculina, confinadas en su posición de subalternidad, sin ningún margen de maniobra o resistencia frente al poder.

No quiero alargar más mi intervención con mis comentarios de todos y cada uno de estos artículos, sólo quiero añadir, por último, que se trata de un libro que nos hacía falta, que retoma viejos tópicos que animaban las controversias entre los defensores de los modelos ideográficos y nomotéticos de ciencia, sumidos en la disyuntiva de formular una ciencia interpretativa o explicativa de la realidad

social en una polémica que acaparó la atención y los días de los filósofos desde los albores del nacimiento de las ciencias sociales en el siglo XIX. Viejos tópicos que resultan resignificados al ser analizados desde nuevas perspectivas en la medida en que los otros, a los que pensaba la teoría social en calidad de objetos del conocimiento, han devenido en nuestros días sujetos de conocimiento, en la medida en que las mujeres, los no occidentales, los otrora exóticos nativos de lejanas latitudes y otras categorías de anómalos, incursionan en la producción de conocimientos y desmontan los subterfugios de las viejas y nuevas versiones del pensamiento único, de añejo o renovado cuño, empeñados en cancelar la historia, los sueños y otras formas de felicidad que no sea la de eufóricos consumidores hermanados por los principios del mercado global. Felicito a Eli por su esfuerzo de reunir todos estos textos, por proporcionarnos este libro polifónico, plagado de discrepancias, de voces procedentes de realidades muy disímiles, pero de igual manera comprometido con la construcción de un nuevo mundo en el que quepamos, en condiciones de equidad, todas y todos, el Norte y, desde luego, el Sur.

¿La mente no tiene sexo?

Antonella Fagetti

Estar aquí para comentar el libro *Debates en torno a una metodología feminista*, compilado por Eli Bartra, es un hecho importante para la comunidad académica local y, especialmente, para quienes, estudiantes y docentes, de algún modo, con mayor o menor intensidad, hemos estado interesados en los estudios sobre las mujeres. El fervor con el cual nos acercamos hace ya casi dos décadas al feminismo lo hemos sentido y practicado igualmente en nuestra labor como estudiantes y después en la investigación y la docencia.

Es un hecho importante la publicación de los artículos reunidos en este libro, que expresan diferentes puntos de vista y reflexiones sobre diversos temas relacionados entre sí: el feminismo, los estudios de género, la metodología feminista, la relación entre investigación y política, entre varios más. Necesario también, porque ofrece para quienes estudian a las mujeres un panorama bastante articulado del estado de la discusión acerca de la existencia o no, de la posibilidad o no, de hablar de una "metodología feminista" o de una metodología "de los estudios de género",

además de ejemplos particulares de la aplicación de principios metodológicos y de técnicas particulares que facilitan y propician otro tipo de acercamiento al sujeto de estudio.

El libro da cuenta de las discusiones que se han dado en otros países, incluye una amplia bibliografía sobre el tema (a la cual desde aquí no siempre podemos, desafortunadamente, tener acceso), y los puntos de vista de académicas que escriben tomando en cuenta los grandes debates que se han dado en el nivel internacional, pero también ubicándose en la realidad de nuestro país. Es muy útil, sin duda, para estudiantes, docentes e investigadoras de los estudios de género, no sólo para estar al tanto de la discusión actual sino, sobre todo, como una guía que ofrece varios recorridos posibles, una metodología aplicable e interpretable desde distintos ángulos o enfoques e ideas sobre cómo utilizar las técnicas de investigación. Creo que por esto mismo un libro así ya hacía falta.

La reflexión sobre el quehacer de las académicas que consideran como prioridad el estudio de los seres humanos que viven en sociedad en tanto mujeres u hombres, es un hecho que ha subvertido y revolucionado el hacer ciencia en su sentido tradicional, porque ha

logrado superar esa visión androcéntrica que no hacía distinciones de sexo y asimilaba a todos, mujeres y hombres, en la misma categoría, la del Hombre, que aunque escrita con letra mayúscula, solamente puede denotar, en el idioma español, a un individuo masculino. La mujer no es un hombre, es un ser humano, como el hombre. Esa visión androcéntrica en la antropología, en la sociología, en la historiografía, en la psicología, sumió a las mujeres no diría siempre en la invisibilidad —pensando, por ejemplo, en las investigaciones antropológicas— porque las mujeres allí estaban, aunque difícilmente se les daba y se les reconocía su lugar como mujeres, hasta que Margaret Mead, a quien debemos reconocer como pionera en la antropología de los estudios sobre el género, demostró cómo cada cultura elabora a partir de la diferencia sexual diferentes papeles para hombres y mujeres.

A partir de los años setenta, surgió el interés por conocer más de cerca a las mujeres, reconocidas como sujetas de la dominación masculina, el interés por comprender lo que piensan, sienten, hacen y dicen esas mujeres invisibles, olvidadas, ignoradas por la Ciencia, con mayúscula. A una distancia de veinticinco años, el debate se ha vuelto claramente contra los

supuestos pilares inamovibles, los dogmas irrefutables de la Ciencia, de nuevo con mayúscula: la objetividad, la neutralidad, la racionalidad, el orden, la exclusión del sujeto. Los vientos de la posmodernidad han traído nuevas maneras de ver la investigación científica, con más realismo y menos pretensiones, reconociendo sus distintas facetas: la subjetividad, la pasión, lo espontáneo, lo impredecible, los sujetos implicados...

El debate en este libro toma en cuenta todos estos nuevos supuestos del hacer investigación. Quienes realizan investigaciones sobre las mujeres parten del contexto particular en que ellas se desempeñan como mujeres, eligen los métodos propios de las distintas disciplinas, utilizan los estudios cuantitativos o cualitativos, o combinan los dos, emplean las diferentes técnicas conocidas y aplicadas por todos, prefiriendo en muchos casos las entrevistas a profundidad y las historias de vida, pero hacen todo esto a partir de ciertas premisas metodológicas que le imprimen a la investigación en ciencias sociales una visión innovadora y más abarcadora. En primer lugar, concuerdan con la necesidad de pensar en la relación entre investigadora e investigada y en la subjetividad de ambas que debe ser reconocida y estar presente a lo largo de la in-

vestigación. En la relación que la investigadora establece con sus informantes debe prevalecer el respeto, una actitud abierta y clara hacia los objetivos que se persiguen, rasgos que además —como lo hace notar Teresita de Barbieri— no deben ser exclusivos de la investigación feminista, sino de cualquier estudio social.

Hay algo que comparto plenamente con una de las autoras, Maria Mies: la idea de “identificación parcial”. Surge entre la investigadora y el sujeto de estudio, lo cual no significa que la primera intente “volverse como las otras, las mujeres informantes”, sino más bien, como yo lo veo, se trata de establecer una relación donde se logre la empatía sobre la base del reconocimiento de la investigadora de sí misma como mujer, de sí misma como sujeto “ubicado” en una clase, una cultura e, igualmente, de las mujeres estudiadas, estableciendo un área de comprensión mutua, que haga posible la comunicación intersubjetiva, lo cual se logra sólo si la investigadora se acerca a sus informantes dispuesta, por un lado, a ser —como sugiere Clifford Geertz— un actor implicado y, por otro, un observador imparcial. Esto significa que la investigadora debe esforzarse por actuar de una manera comprometida y, al mismo tiempo, analítica. Debe aprender a mi-

rar la realidad con ojos a la vez fríos e interesados, de alguien implicado moralmente, pero también interesado en la observación científica, en la comprensión de lo que está sucediendo a su alrededor.

Me parece que en la discusión sobre si existe o no un método feminista lo que aparece claramente es un punto fundamental que le confiere una identidad precisa a estos estudios, un elemento rector, y es el hecho de que la investigación que tiene como sujeto de estudio a las mujeres parte de la ubicación precisa de estos sujetos: mujeres partícipes de una cultura, una sociedad y un tiempo determinados.

Más allá de esto, no sé si la discusión sobre una metodología feminista sea realmente fructífera. En todo caso me parece que habría que pensar más a fondo sobre el mismo término "feminista", porque yo lo entiendo más en un sentido político que académico y me parece que la política y la investigación no van necesariamente ligadas. Además, el término feminista podría excluir a más de una investigación que se ha hecho sobre las mujeres. No creo que la investigación sobre mujeres y la investigación feminista sean lo mismo, simplemente porque muchas de las sociólogas, antropólogas, historiadoras, etcéte-

ra, que estudian a las mujeres no se reconocen como feministas, digamos, no se ponen la camiseta. Es decir, que el término feminismo siempre ha implicado una postura política precisa, en este caso se tendría que ligar necesariamente la investigación a la acción política y creo que no todas las investigaciones que se realizan con mujeres o sobre las mujeres tengan como objetivo buscar una aplicación práctica de los conocimientos alcanzados a favor de los grupos estudiados. Tal vez, al hablar de metodología feminista se recorta a nivel del lenguaje algo que a nivel teórico-metodológico está incluido, es decir, a todas esas investigaciones que incorporan y privilegian la llamada perspectiva de género.

Tal vez no deberíamos preocuparnos tanto por la teoría, por quién la hace o no. Tal vez no ha habido una gran producción y reflexión en torno a la metodología feminista y menos una contribución importante de las antropólogas, sociólogas, historiadoras del país al pensamiento feminista. Se ha producido una gran cantidad de conocimiento sobre la metodología y epistemología feministas —señala Eli Bartra— pero esta producción se ha concentrado, por lo general, en los países de lengua inglesa. "No existe —dice Eli— un desarrollo autónomo en ese campo; vamos

a la zaga de lo que se hace en otros lados. Vivimos, pues, en una situación de neocolonización, si se quiere, intelectual. O bien podríamos pensar —prosigue—, que el desarrollo del pensamiento feminista es internacional y nosotras participamos en él en la medida de nuestras posibilidades”.

No creo que haya que enfrascar-se en las discusiones que quitan el sueño a otros científicos, de por qué en México no se hace teoría, por qué cierto tipo de conocimiento se ha producido especialmente en ciertos países, en Occidente. Opto, en todo caso, por la posibilidad de sumarnos con lo que tenemos en las manos a un conocimiento más amplio producido en otros lados. Si hay algo que le debemos a la globalización es poder pensar en un conocimiento universal y desprovisto de una nacionalidad. Lo que menos nos debe importar, por ejemplo, como antropólogas y antropólogos es si el pensamiento de Geertz es solamente estadounidense, el de Simone de Beauvoir, francés, el de Vattimo, italiano y el de Gadamer, alemán. Es eso y mucho más de lo que tenemos que enriquecernos, incluso, quienes nos dedicamos a estudiar a las mujeres, que muchas veces nos encerramos en un pequeño círculo bibliográfico que da vueltas sobre sí mismo y que no nos permite lle-

gar muy lejos. Hay que tomar lo que nos sirve de esas teorías de la sociedad y la cultura, para entender más lo que estudiamos, simplemente adaptándolas a nuestras necesidades, viendo y analizando siempre todo, al igual que nuestros datos de campo, bajo la perspectiva que introduce una distinción entre el ser mujer y el ser hombre, que considera el género como un elemento determinante, al igual que otros como la pertenencia a una clase o una etnia. Una perspectiva que, sin duda, debemos considerar como una visión más humanista del mundo en que vivimos. Quienes reconocen la existencia de la explotación, la discriminación racial, el colonialismo, no pueden permanecer ciegos ante las pruebas tangibles de la particular situación que viven las mujeres en México y en el mundo. Los más incrédulos pueden consultar la página de Internet que les informará sobre lo que están sufriendo las mujeres en Afganistán.

Más que pensar en nuestra contribución a una teoría feminista general podríamos explotar la investigación sobre mujeres hecha en casa. Propiciar y encauzar los estudios que se interesan por los pequeños detalles, los estudios en profundidad que logran un acercamiento a la realidad social y descubren esas particulares formas de

interpretar y vivir la vida, esos detalles ocultos que se vuelven visibles sólo cuando los vemos de cerca, cuando logramos un acercamiento total. Debemos estar más interesadas en un "conocimiento local", en estudios que reflejen las diferentes vivencias de las mujeres mexicanas, de distintas edades, ocupaciones, religiones, clases sociales y etnias, y de allí obtener un panorama más exhaustivo, lograr la integración de conocimientos dispersos provenientes de disciplinas diversas que permitan la teorización a partir de los estudios de caso. Lograr también en el campo de los estudios de las mujeres y de los hombres una perspectiva transdisciplinaria, de la que habla Morin. Tal vez así podríamos alcanzar a formular una ciencia nueva, una ciencia feminista con su metodología propia.

Estudiemos lo que estudiemos, creo, debemos tener como eje central a la cultura, porque es a través del estudio de la cultura o las culturas de México que podemos entender cómo mujeres y hombres interpretan o interpretaron la diferencia sexual y actúan o actuaron los papeles genéricos impuestos socialmente, entender cuáles son o fueron las múltiples formas de la dominación masculina y, finalmente, comprender cómo las mujeres viven, piensan, actúan,

expresan o se enfrentan a su ser mujer ahora como antes. Hay que pensar en lo que Bourdieu denomina la "paradoja de la doxa": el hecho de que el orden del mundo tal como es, con sus sanciones y obligaciones, sea *grasso modo* respetado. Que el orden establecido, con sus relaciones de dominación, se perpetúe tan fácilmente y que las condiciones de existencia más intolerables puedan aparecer como aceptables y hasta naturales.

Es necesario tejer más fino, adentrarse más a fondo en las relaciones entre las mujeres y los hombres, en el simbolismo que tiñe estas relaciones para acercarnos y abrirnos ante una complejidad asombrosa, que descubre al hombre y a la mujer como seres biológicos, sociales, culturales, psíquicos.

Quisiera terminar refiriéndome a la frase de Poulain de la Barre —escrita en el siglo xvii— citada por Eli en el libro: "La mente no tiene sexo". Me sumo a sus comentarios para decir que una mente sin sexo no existe, o sería la mente de un ser andrógino. No creo que debemos aspirar a perder nuestras características de género para ganar paridad e igualdad con los hombres.

Las diferencias entre el hombre y la mujer son muy hondas, van más allá de lo corporal, son construcciones sociales y culturales

que poco a poco estamos descons-
truyendo para volver a edificar re-
laciones humanas más justas
fincadas en un pensamiento que,
a partir de la diferencia sexual, fo-
mente entre hombres y mujeres la

cooperación y la complementariedad,
más que el antagonismo.

Eli Bartra (comp.): *Debates en torno a una metodología feminista*, UAM-X, México, 1998.